

El obrero, que no conocía personalmente a Galdós, protestó iracundo, pero como alguien le dijera que aquel caballero era D. Benito, cambió en el acto de actitud, y dio toda clase de satisfacciones al gran novelista.

Cuando terminó el recorrido del tranvía, Galdós y el obrero eran ya dos buenos amigos.

Está ahora tan metido Galdós en su labor literaria, que cuando recibe citaciones para que concurra a reuniones y actos políticos que perturban su trabajo, exclama:

—Y a mí, ¿por qué?

—Porque es usted diputado a Cortes —le contesta su secretario, recordándole los deberes de su vida pública.

A raíz del estreno de *Electra*, colocaron un petardo en una de las ventanas de la casa de la calle de Hortaleza donde D. Benito tenía la administración de sus obras.

El insigne novelista se encontraba en su despacho cuando el petardo hizo explosión, pero ni el estampido ni los desperfectos que el explosivo produjo, sobrecogieron al maestro. Por el contrario. Su serenidad sirvió para tranquilizar a los que con él estaban en la casa.

La sencillez y la modestia de Galdós llegan a tal extremo, que no desdefía las opiniones de nadie, por humilde que sea, acerca de sus obras.

Y cuando alguien le dice que no le ha gustado algo de lo que ha escrito, lo toma en cuenta sin rebatir el juicio.

También su exquisita bondad disculpa en el acto toda indiscreción, hija del poco discurso.

Cierto día, un ciudadano de esos cuya inteligencia es muy inferior a su desenfado, dijo a don Benito, al mismo tiempo que le saludaba.

—Ya he leído algunas de las “cosillas” que usted escribe.

Galdós sonrió afablemente, y nada dijo.

En cambio, lo que le molesta al fecundo escritor, es que en cartas y documentos confundan su nombre y apellidos, y le pregunten dónde se venden sus obras, porque esto indica una estultez imperdonable.

En un pueblo, de cuyo nombre no hace falta acordarse, se representó *El Abuelo* con extraordinario éxito.

Tanto gustó, que varias personas de la citada localidad acordaron escribir a D. Benito, expresándole su testimonio de admiración.

Así lo hicieron y, tras de algunos párrafos laudatorios, rogaban a Galdós que les dijera, pues la impaciencia les devoraba, cuál era la nieta legítima del conde de Albrit, si *Dolli* o *Noll*.

¡Les había admirado la obra, pero no la habían entendido!

Personas

vistas por Padrón Noble



Guillermo Sureda

Guillermo Sureda es un gran canario que cruzó el Atlántico hace ya años y que desarrolla su actividad artística en otra isla, la hermosa Puerto Rico del Mar Caribe. Sureda comenzó por la música, interpretando el violín y, más tarde, pasó al campo de las artes plásticas, en las que es un excelente acuarelista. El pincel de Sureda nos ofrece una acuarela decantada, que recoge con extraordinaria sutileza y profundidad los paisajes naturales y los paisajes urbanos. Recientemente presentó una muestra representativa de su obra en el Gabinete Literario, de Las Palmas de Gran Canaria. Ahora, de vuelta a Puerto Rico, sus acuarelas quedan como un recuerdo permanente en la colección de la Casa Gourié, de su ciudad natal, Arucas.